

# INTI-JALANTA

por Max Mendoza López

(FRAGMENTO)

Ilustración de X. M. Ortega

\*Era el cuarto año del matrimonio de Mazaredo y el tercero del nacimiento de su hijo. La muerte rondaba por la hacienda.

En el invierno se había presentado con caracteres de extrema gravedad la temible epidemia del tífus exantemático, que en la meseta andina es tan fatal como la malaria y el cólera negro en el trópico o el cólera morbo en Europa.

Muchos colonos habían muerto y casi todos, enfermos del terrible mal. Familias enteras yacían en las misérrimas chozas, debatiéndose entre la vida y la muerte.

El ganado entregado a su propia suerte, vagaba por la tierra y los pastizales secos y muertos, siendo también diezmado por los perros hambrientos y sin dueño, o por los zorros que en gran cantidad habían acudido a la hacienda, atraídos por la fácil y abandonada presa.

Ante semejante cuadro de dolor, miseria y muerte, don Juan Mazaredo decidió viajar a la ciudad en busca de recursos medicinales con que combatir el flagelo. Ni los ministros de Estado, ni el prefecto, ni las autoridades sanitarias, hicieron caso de sus angustiosas gestiones, limitándose éstas a aconsejarle que procurara de cualquier forma, exterminar al piojo, el inmunizado vector de la exantemática.

Desesperado por la falta de atención de los poderes públicos, don Juan, consultó con algunos facultativos de prestigio, quienes le recomendaron el uso de inyecciones a base de sales mercuriales. Mas, ni las drogas existían en las farmacias, ni era posible llevar hasta la hacienda un entendido en curaciones de esta clase.

Retornó el señor Mazaredo desesperanzado y más afligido que antes.



¡Y cómo morían los humildes en la hacienda!

Eran también humanos como todos nosotros, y profesaban, aunque confusamente, una parte de la fe católica, pero morían desamparados.

Un día la buena Lucía ingresó a la choza de un viejo colono que agonizaba, presa de alta fiebre.

—¿Cómo te sientes Santiago?— le preguntó.

—Estoy bien todavía, mamá (1), le respondió el agónico, cuya lengua saburrosa se le pegaba contra el paladar, dificultándole el pronunciar con claridad las palabras.

—¿Quién te está atendiendo, si tu mujer y tu hija, también están enfermas?— le volvió a interrogar.

—Solo Dios, sólo el Señor— le respondió el moribundo, con humildad eternecedora.

Lucía extrajo del bolsillo de la pollera una botella de soda y abriéndola se la ofreció al enfermo. Este la vació por completo en un glugli interminable y ansioso. Después, Lucía, le hizo rezar una oración y se despidió.

Por la noche morían el anciano y su hija.

Los demás colonos, los que aun no habían enfermado, quisieron contribuir con su ciencia y sus conocimientos,

Max Mendoza López, con la patética historia de Quilco Maíta, o sea la novela "SOL DE JUSTICIA", se reveló en 1949 aquí en La Paz, como el escritor boliviano de mayor adentramiento en el mundo y la vida indígena del Altiplano.

Vigoroso documento literario el suyo, al extenderse en el Continente, ha colocado de inmediato entre los mejores relatores americanos del drama indio.

El presente fragmento de una nueva novela de Mendoza López, merece lugar de honor en este Suplemento Dominical de Arte y Letras de EL DIARIO, por los méritos narrativos y espirituales que demuestra.

Anuncia el "Tras la Cortina de Estaño", escrito conjuntamente con "Cuentos del Confinamiento".

a combatir el flagelo. Reuniéronse una noche, los más ancianos y deliberaron largamente sobre lo que debían hacer.

—Los yankas, los espíritus del mal, se ciernen sobre la hacienda dijo uno de ellos—. Y será bueno saber por qué nuestros dioses nos castigan tan cruelmente.

—Talvez hemos pecado contra los Uywiris (2), —expresó otro—, y sería necesario implorarles su perdón.

—Señores:— empezó hablando el más anciano de ellos—. En la hacienda, desde hace mucho tiempo, ha cundido la inmoralidad. Ya no se distingue el bien del mal, la virtud del vicio, lo moral de lo inmoral. En mi larga y ardua vida jamás he sabido que tantas mujeres entraran fijas humanas en las serranías, jamás he sabido que la madre tuviera que avergonzarse de procrear un hijo, cuál es la ley natural, sea ella soltera o casada. Cada hijo es un trabajador más, y feliz de la familia donde hay muchos de ellos. Pero, parece que nadie entendiera de esto, y la Madre Tierra ha tenido que sepultar en sus entrañas, lo que ajenas entrañas procrearon. Pues, entonces, ¿cómo nuestros manes protectores, no nos han de volver las espaldas? Son nuestros pecados los que los han ofendido. Y es de nuestro deber reflexionar y volver por los caminos del Bien y la Virtud, que nuestros mayores nos han enseñado.

—Así es— corroboró otro—, y las palabras del venerable Coliqueguanca, merecen nuestro más profundo respeto. Por boca de él nos ha hablado la experiencia de los años, la tradición y la sabiduría. Es forzoso meditar sobre lo que acaba de decirnos. En conjunto y por separado debemos llevar a nuestros hogares su sencilla admonición, y creo que todos nos comprenderán y volverán por los caminos del Bien, la Moral y la Virtud, de los que tanto nos hemos alejado.

Un hombre de mediana edad y de simpático aspecto, también intervino, diciendo:—

—Todo lo dicho ha tocado al fondo de nuestros corazones y a nuestro entendimiento, empero, por ahora, es preciso conjurar de inmediato el mal, que amenaza con la destrucción total de la hacienda. Y por eso propongo que mañana mismo busquemos a los más afamados yatiris (3) de estas tierras y los alrededores. Consultemos con ellos cómo calmar la cólera de los Dioses.

—Tengo por cierto—, reflexionó el anciano Coliqueguanca— que nuestro patrono no nos negará su concurso en cuanto a los gastos que demanden nuestros holocaustos a los dioses. Sin embargo también es preciso que cada uno de los colonos contribuya con una cuota módica, para que así vayan a todos los hogares los beneficios de los manes protectores.

Tácitamente el acuerdo ya existía y las reflexiones que cada asambleísta hizo, no eran más que la exteriorización de ese acuerdo. No hubo más discusión y esa noche quedó convenido convocar a un aquelarre de los principales brujos de la hacienda y sus alrededores, y exigir una

cuota de cincuenta céntimos por familia.

Las supersticiones, como la religión de los pueblos, tienen también a moralizar y crear buenas costumbres.

Las supersticiones del gran pueblo aymara, de la meseta andina, principalmente han tenido ese objeto. La vida que asediaba a su esposo, por entregarse a un nuevo amor, aun vive condenada al castigo eterno en los socavones de las minas, que se tragan millares de vidas, anualmente. Las terribles granizadas que devastan las sementeras de la meseta, son atribuidas a los abortos criminales de las mujeres solteras.

También en este caso, el flagelo de la exantemática debía haber sido atribuido a los pecados y culpas de los moribundos de la hacienda. Los brujos así lo sentenciaron. La exantemática era el resultado del gran número de fetos humanos, sepultados en las serranías.

Había que calmar la cólera de los dioses.

Después del aquelarre, salieron ellos, hacia las cumbres más altas de las montañas, para elevar sus oraciones y ofrecer sus preces a los manes protectores que, según ellos, moraban en las entrañas de esos cerros.

Al día siguiente, aun un poco ebrios y con los ojos inyectados de sangre por haber pasado la noche despiertos visitaron las casas de los colonos en las que hicieron, primero, zahumerios de incienso y mirra, recorriendo habitación por habitación.

Luego dieron sus consejos de orden moral.

—Hemos hecho nuestros holocaustos en prez de nuestros dioses—, dijo el principal de ellos—, y ahora es preciso no olvidar las enseñanzas de nuestros mayores. Necesario es desecher los vicios y practicar las virtudes. Que ninguna mujer tenga que avergonzarse de procrear, y que ningún hombre tenga miedo a formar su hogar, como lo ordenan nuestras costumbres. Ahora bien, si hay hombres casados que seducen a doncellas y las hacen madres, que se haga público el crimen y que el delincuente sufra las sanciones de su pecado, pero que jamás haya mujer que por vergüenza, eche el fruto de sus entrañas a la Madre Tierra, como escupitajo del crimen y el pecado.

Después de estas reflexiones, los yatiris prescribieron el tratamiento que debían seguir los enfermos. Consistía éste en una dieta de base hídrica, con el consumo de grandes cantidades de soda, aguas gaseosas o infusión de hedionmo, durante el período crítico de los cinco primeros días de haberse manifestado el mal.

Pese a la admirable resistencia que el aymara opone a la exantemática, que en el blanco y el mestizo es incurable y fatal, seguían enlutándose los hogares de los humildes trabajadores del campo.

Cada noche, cada día se escuchaba un grito angustioso y desgarrador, que pronto era coreado por los ladridos de los perros, y que era el anuncio

de que un nuevo colono había pagado su tributo a la muerte.

La familia Mazaredo sabía el significado de ese grito, de ese llanto, de esas quejas, y en los corazones de los que la formaban, la pena y el pesar se abría ancho campo.

El flagelo no había llegado todavía a la casa patronal, no obstante de existir contacto entre ella y las chochitas de los enfermos, mediante el servicio de pongos, muleros y mittanías, que aun convalecientes prestaban estos servicios.

La buena Lucía, la amante y cariñosa ama del niño Juan Jaime, había llevado su piedad cristiana a las misérrimas chozas. Ella era quien, con abnegación y ternura, iba a curar por las mañanas a los enfermos, era ella quien infundía fe y prodigaba esperanzas, quien oraba junto al lecho de los moribundos, en fin, era esta Lucía tan buena y generosa, que llevaba su caridad sencilla y su tierno consuelo a los huérfanos.

Así se contagiaba y llevó el mal a la casa patronal. Tras breve postración un día fue sepultada en el añoso jardín, bajo la sombra eterna de un sauce llorón y decano de todos los árboles.

Doña Adelaida de Mazaredo la había atendido durante todo el curso de la enfermedad, con el esmero y la solicitud de una hija, no obstante la oposición de don Juan, que temía el contagio.

Otro día la señora se quejó de fuertes dolores de cabeza, decaimiento general, malestancia y falta de apetito. Eran los síntomas de la mortal exantemática.

Don Juan la reprendió con bondad:—

—Adelaida, te he dicho, te he dicho que te cuides. ¿Por qué no has querido oírme?— le dijo.

Al día siguiente el tífus la postró en cama.

Mazaredo se paseaba junto al lecho de la enferma, con el ceño arrugado y la expresión de exacerbado dolor. Facería fulgurar la cólera en su mirada; pero se podía reprimir a primera vista, en sus pómulos caídos y cansados, que una pena interna y muda consumía su alma.

Tres años antes también había padecido de las mismas angustias, junto al mismo lecho. Mas, entonces las sensaciones que experimentaba eran distintas. A la intranquilidad que sentía por la enfermedad de su esposa, unía la esperanza del nacimiento de su hijo. Entonces se hallaba ante el sencillo e impenetrable misterio del nacimiento; ahora estaba frente al terrible e insoluble enigma de la muerte.

Ahora todo era distinto. La gravedad del mal, la ausencia de una esperanza que, como entonces, lo alentara, el recuerdo de la muerte de sus colonos, la muerte misma de Lucía, el lastimero llanto de su hijo, abandonado en el comedor, sin más compañía que la de una andrajosa y mugrienta mujer campesina, su tétrica soledad y, en fin, hasta el lúgubre aullido de los perros sin dueño y cuyos amos habían muerto, contribuían a aumen-

tar sus angustias y hacer vacilar su recto corazón.

Cinco días de postración y la alta fiebre no había dejado sino por momentos a la enferma. La sofocación era constante y el sudor le bañaba la frente y le pegaba contra ésta, los cabellos desordenados, mojados y grasosos. La lengua, saburrosa y esponjada le dificultaban hablar.

—¿Qué te duele, Adelaida, qué te duele?— le preguntó don Juan con la voz en un hilo.

La paciente nada respondió. Sus hermosos ojos negros miraban la colcha sobre la que reposaban sus manos en ademán de espulgar. Faltóle el terror Mazaredo. ¡Aquel signo, era el premonitor de la muerte!

Muchos colonos de la hacienda, para anunciarle la gravedad final de sus enfermos, le habían dicho: "Ya espulgan". Esto significaba que ni el milagro podía salvar a los agónicos... Y ahora su mujer espulgaba.

Conturbado, aterrizado, Juan Mazaredo se aproximó a la enferma y suavemente le apretó las manos, para evitar aquel ademán, cuyo terrorífico significado, le había puesto álgida la sangre, de plantas a coronilla.

Volvió ella la cabeza hacia la pared, sin sentir ni comprender nada. La alta fiebre arrebolaba su bello rostro y fulgían, más hermosos que nunca, sus anchos ojos negros, orlados por tupidas pestañas curvadas.

Aun bajo el terror del signo fatal, Mazaredo notó la extraordinaria belleza de su mujer. Pero, tras breves instantes, su mente se hundió de nuevo en un torbellino de ideas confusas.

¡Cómo deseaba en ese momento ser un pedernal sin vida! No sentir ni haber nacido, ansiaba no tener corazón ni saber amar, o estar lejos, no haberse casado, ser sólo en la tierra, no tener preocupaciones... o desaparecer en el espacio como un átomo.

—¡Ya viene la muerte! ¡Ahí está! ¡Ya viene!— exclamó de repente la enferma.

Mazaredo que se hallaba bajo el dominio de la impresión que le había causado la premonición letal, creyó que se acercaba al lecho de la enferma, la Parca invisible y silenciosa. Y entonces, con fuerza brutal arrancó el crucifijo de mármol, clavado en la pared a la cabecera del lecho, y lo esgrimió con furor, con rabia de loco, por izquierda, por derecha, arriba y abajo, pensando ahuyentar a la Muerte, al herir el espacio por todo lado, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Jesús! ¡Santo! ¡Santo! ¡Jesús, ten piedad de mí!

Era el subconsciente que oprimía en Mazaredo. Había visto hacer lo mismo a muchos de sus colonos, cuando los enfermos de gravedad hablaban de la muerte, al delirar. Recordó también, que aquellos, ponían junto a la puerta, crucifijos de paja, y como un automata las fabricó en un segundo, despedazando una escoba, y las puso por toda la habitación.

Recorrió al poco rato, Adelaida su lucidez, y con voz débil y quejumbrosa habló a su esposo:

—Me parece que estaba delirando Juan. Tengo sed, mucha sed y calentura— y se descubrió el pecho en que los exantemas florecían, cuál campo de heliotropos silvestres.

No pienses en morir, no pienses así, Adelaida. El Señor es bueno y te ha de estar curando, no más, con su Divino Poder—, le suplicó Mazaredo. Luego le dio de beber una infusión fría de hedionmo.

Ya se apoderaba de don Juan Adelaida, aquella indiferencia por todo, que sienten los moribundos.

Los dominadores españoles habían podido someter a vasallaje a la población indígena de la Meseta Andina; pero, nunca conquistaría. Los aborígenes conservaban su religión, su lengua y sus costumbres.

El kolla sólo tomó de la religión católica algunas de sus ceremonias paganas y la pompa de los ritos, más no la aceptó como fuerza espiritual, ni como sistema de ideas morales. Fueron, más bien, los dominadores quienes se sometieron a muchas de las supersticiones indígenas, casi todas de profundo contenido moral.

Don Juan Mazaredo, que en sus venas llevaba casi pura la sangre española, tampoco había podido sustraerse de tal influencia. En su corazón siempre vacilaba la fe católica ante la superstición ayma-

ra. Así es como hizo venir a su casa a dos brujos, para curar a la enferma.

Ambos se hallaban en el dormitorio. Uno calentaba en el orines fermentados. El otro, que tenía en las manos gránulos de alumbre y otras sustancias efervescentes, las echó en el recipiente. Los dos contemplaron con reconcentrada atención, la suave espuma que se iba levantando.

Después movieron la cabeza desalentados.

—¿Qué es? ¿Qué significa eso?—, interrogó Mazaredo, angustiado.

—Señor:— le respondió uno de ellos, mirándolo con respetuosa timidez— el caso es de mucha gravedad.

—Señor:— habló el otro, reflexivo—. Cuando Dios ha determinado algo, no hay más que resignarse ante su Poder. Ten paciencia y ten valor para obedecer sus designios.

Mazaredo agachó la cabeza, vencido, quizás por primera vez en la vida, y dos lágrimas ardientísimas le rodaron por las mejillas.

Doña Adelaida volvió a caer en un estado de atroz delirio. —¡Perdón, perdón! ¡Es mi hijo, es mi hijo!— se le oyó decir.

—¿Qué tienes, alma mía, qué tienes?— le interrogó Mazaredo, con ternura desconocida en él.

Doña Adelaida siguió pronunciando palabras incoherentes, trabajosamente articuladas.

Lo que antes era fuerza y estupefundo vigor en Mazaredo, se había convertido en debilidad y flaqueza. Inhibidas sus facultades mentales no sabía razonar y se perdía en una ensañosa nebulosa.

A momentos se culpaba a sí mismo, de no haber llevado a su esposa a la ciudad, en cuanto el tífus se presentara en la hacienda. Otros, se responsabilizaba de no haber prohibido a la ama, atender a los colonos, y en medio de su confusión de vencido, a nada atinaba.

Mientras tanto, la alta fiebre agotaba completamente el organismo ya debilitado de la enferma, quien en un esfuerzo supremo, delirante, desasosegada y con la mirada extraviada, gritó:

—¡Dios mío, perdón, perdón! ¡Es mi hijo! ¡Por qué me lo han de quitar! ¡Es mi hijo! ¡No me lo quiten!

Mazaredo le acarició la cabellera mojada de sudor y la besó en los labios, resacos como hojas de papel quemado.

Cedía la temperatura y el sudor frío bañaba todo el cuerpo de la paciente. Recobró ella su lucidez por unos instantes. Un débil rayo de esperanza iluminó el alma atormentada de Mazaredo.

—¡Ay!— se quejó la enferma—, no sé que me ha pasado Juan. He tenido un delirio horrible. Estaba viendo que mi hijo se trepaba a un árbol alto. Cuando ya estaba sobre la copa se resbaló de repente, quedando colgado de una rama flexible sobre el abismo, que era un cementerio de calaveras, que se reían de él. Tengo miedo, mucho miedo de que algo de malo le pase a nuestro hijo, Juan. Y, por eso, te ruego que jamás lo abandones, jamás te separes de él. Quiero verlo por mi más.

Esta triste relación birló el alma de Mazaredo, como el filo irregular de un serrucho.

—Juan, —le volvió a decir la enferma— ven a mi lado y dame la mano.

Mazaredo se estremeció, con estremecimiento convulsivo, al sentir la alidez de aquella mano adorada.

Media hora después, vencida por la muerte, se inclinaba sobre el hombro izquierdo, la delicada y hermosa cabeza de don Juan.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué castigo es éste!— imploró Mazaredo, a tiempo de arrodillarse junto a la cama de la infanta, y añadió:—Ha muerto pensando por su hijo, por eso se le ha caído la cabeza al hombro izquierdo.

Esa noche, el cadáver de don Juan, fue velado por Mazaredo y las autoridades indígenas de la hacienda.

Don Juan no quiso jamás separarse de su adorada infanta. Fueron los indios, quienes, respetuosos y conmovidos, lograron convencerle de la necesidad de celebrar las exequias.

(1)— Mamay, tratamiento respetuoso a la mujer.

(2)— Uywiris, Criadores, manes protectores.

(3)— Yatiris, videntes, brujos.

(4)— Pongos, peones que sirven como domésticos por ocho días en la casa patronal.



# La Señora Supina

ESCRITO EN COCHABAMBA  
Septiembre 1951.

Así, es la tal señora, cuyo nombre verdadero es otro, y no lo revelo, porque a veces soy discreto. No solo es lo- uaz como casi todas ellas, grandisí- mas cuariadoras, sino que gusta de ma- nar su asparatosa lengua con tra- as, locuciones y dichos de idiomas ex- ranjeros, aun de los muertos. Suele osecnar su bagaje intelectual en la catura de papeles que, al decir de e- gantes, escriben algunos, a tontas y a boas, para entretener doncellas.

De la conversación que sostiene con a interesante viuda -o, más bien di- ho, que sostuvo ella sola- no ha de acar el lector, una doctrina ni una eación de ideas, ni siquiera centavos e sentido común. Nada de eso. Ha- la con enciclopedia superficialidad e mil cosas a un tiempo y de ninguna n particular. Salta de un asunto a itro, revolotea caprichosamente en la aza, con la misma falta de interés de se advierte en el vuelo de una pol- la.

La charla empezó del modo siguién- se:

—Me parece haberla visto a usted, enora, en alguna otra de estas REU- VIONES CANASTERILES, acompaña- a por unas niñas.

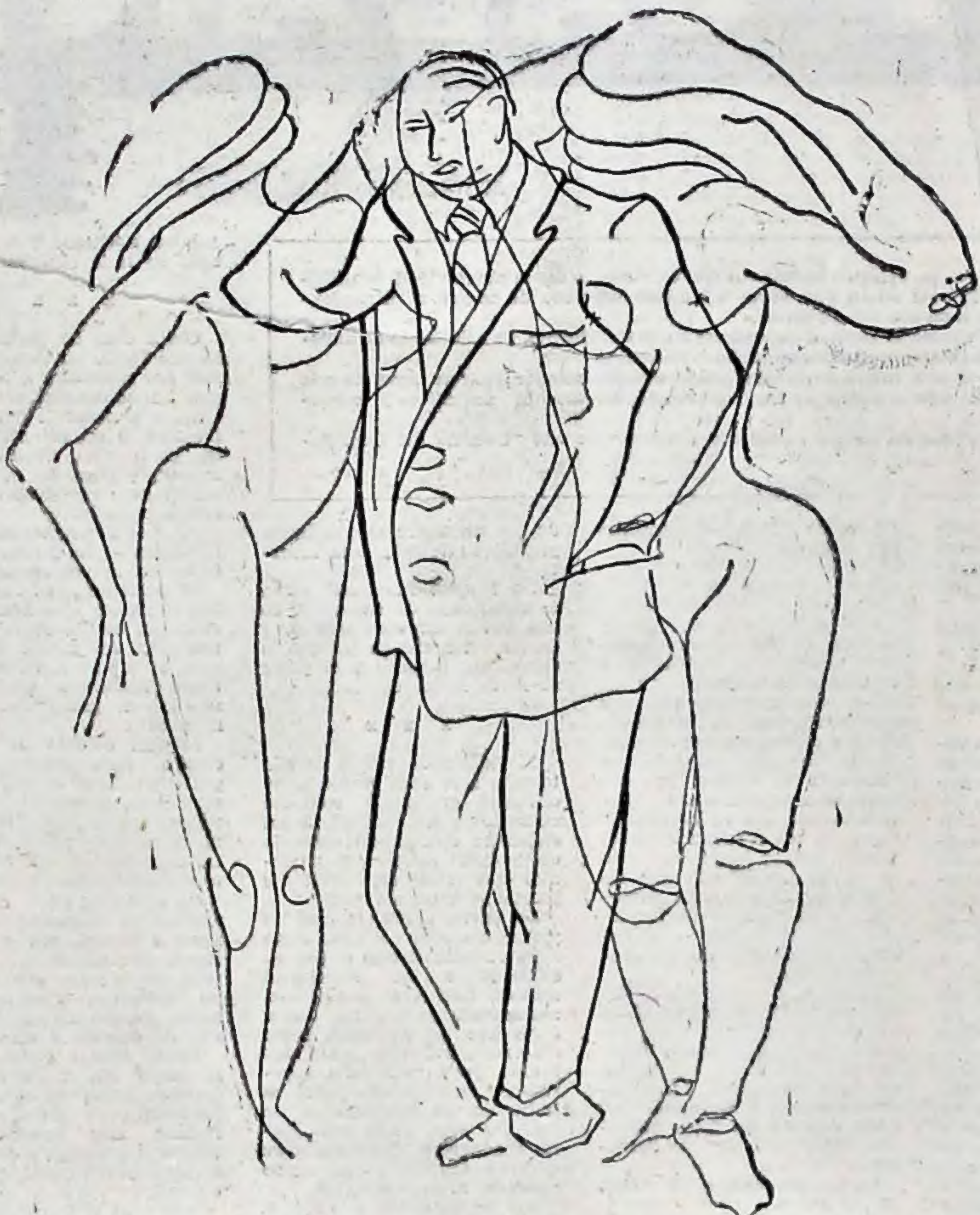
—Tiene usted razón. Antes solia eñir al Club en compañía de mis fa- miliares, es decir, de mis hijas. Como as tres son solteras, y ya en edad de aspirar a otro estado, en íse del ma- rimonio naturalmente, las traía aquí a los efectos de que estructuraran su orvenir. Pero, ¿qué! En esta Club se epite lo del Dante en su aplaudida e- nedia: PERDETA LA ESPERANZA /OI CH' ENTRATE! Y bien se puede adir aquello tan sabido de NIHIL SUB SOLE NOVI.

—NIHIL SUB SOLE NOVI?

—Sí: ni en el subsuelo se encuentran ovios. Y eso que en estos salones, co- no usted verá, no abunda las belle- as femeninas.

—Contemplándola a usted opino lo ontrario.

—Es usted muy galante. Pero mire a sas mesas de RUMMY. Mire a esas HISSIS y a esas NURSES. ¡Hay cada FOLKLORE! ¡Hay cada loro foras- ero! Y de los hombres, no hablemos. En apariencia, todo muy correctos y muy caballeros. Mas, en el fondo, no lenen ni un AT HOME de vergüenza. Mucho pololear con las chicas, mucho arabe de pico, filtra que filtra por to- las partes, y entre tanto haciendo tra- bajitos SURSUM CORDA para tener relaciones con ellas SINE CURA.



—¿COMO SINECURA?  
—Sí, ya me entiende usted; sin el cura. Invitándolas a ir a su COTTAGE, a su GARSONIER, un departamento en la Muyurina o en DIABLO STREET,

a tomar TEA ROOM. ¡Figúrese, té con ron a unas niñas!... En fin: mucho galanteo, mucho CORTIJEAR y PAS- CANEAR en auto por todos los cam- pos, mucho copetín y cigarrillos. Pero

cuando se les habla en serio y se les pregunta con que LEIT MOTIV feste- jan a las chicas, se hacen los distraí- dos, desaparecen, y si TO VE OR NOT TO VE, no me acuerdo si te vi.

—¡Pobres niñas...!

—Pobres, hasta por ahí, no más. Así aprenden experiencia, se vuelven mañosas. Si bien se rien de ellas, con eso vá el castigo, como hacían los es- pañoles con los moros: CASTIGAT RIDENDE MORES.

—Señora: MORES no significa MO- ROS, sino COSTUMBRES, HABITOS.

—¡Ah! ¿si? Disculpeme usted. Es un LAPIZ LINGUE. En el fondo, es lo mis- mo. Lo cierto es que, para evitar en lo sucesivo, como en el caso de Evita, es- tos CASUS BELLI, estos lindos casos, resolví no traer más a mis chicas al Club. Con esto, los aprovechados ca- balleritos se quedaron IPSOFACTOS, es decir, más que estupefactos. Y en vista de que es tan difícil pescar no- vios formales, que con fortuna se co- men uvas, AUDACES FORTUNA YU- VAT, las muchachas han decidido de- ducarse al MODUS VIVENDI.

—Y qué es eso, señora?

—Modus vivendi, a vivir de las mo- das. Han puesto un negocio de som- breros muy lindo, y les vá lo más bien. Claro está que han debido renunciar a muchas cosas. Pero paciencia. Por ejemplo, ya no pueden ir al CINE DIE, que les gustaba mucho. Y van de no- che, donde les irá mejor a la oscura- na, sin consecuencias. ¡Cómo es la ju- ventud de ahora! No concibe la vida SINE CUA NON.

—Y es por estas razones, agrega la Sra., que vengo sola al Club, me gusta mucho el ambiente, me entretiene sobremedera el rummy, la conversa- ción. Todo está muy bien, menos el té que sirven aquí. ¿Ha visto usted qué ho- rror? Es como dicen los ingleses, THE TIMES IS MONEY, un té que toman los mones.

En seguida pasó a considerar la nueva situación autónoma y libre del Japón. Dijo que la empresa Kay Kun- kayki & Co. que enseña a las gheisas a bailar de cabeza, todo porque enseñen sus calzoncitos de seda, es la que arras- tra opinión. Estos Kunkas, dijo, perdie- ron a Me Arthur, haciéndole pelear con Truman.

Esta relación la lei en alguna revista eventual. De modo que es una copia monda y lironda. Lo declaro para evi- tar que me salte un acusador de pla- gario y sinvergüenza.

PHILOS

## Música

LIBROS FRANCESES SOBRE MUSICA

Por Helene Jourdan - Morhange

He aquí reunidos, en los Cuadernos de Romain Rolland, edición Albin Michel, cartas, fragmentos de diario, es- tudios diversos, relativos a la amistad que unió a Romain Rolland con Ricardo Strauss desde su primer encuentro. Un prefacio de Gustave Samazeuilh, que conoció a los dos, nos dice las razones de su recíproca simpatía. La más gran- de era el respeto que ambos sentían por la libertad de pensamiento de cada uno de ellos.

Una de las partes más interesantes del libro es la disección que hace Romain Rolland de la Prosodia de "Salomé", que Strauss estaba escribiendo entonces en una versión francesa. Strauss, que pedía muchos consejos no comprendía siempre la sutileza de los matices que proponía Rolland, pero acababa por inclinarse. Son también muy interesantes las discusiones acer- ca de "Peleas y Melisanda". Strauss encontraba blanda la prosodia y relaja- da la música. Romain Rolland contesta agriamente que el espíritu alemán se amolda difícilmente a los matices sutiles de la obra de Debussy.

Aunque Ricardo Strauss se negó a firmar el Manifiesto de los intelectua- les alemanes contra Francia, la guerra del 14 separó a los dos amigos. Strauss invitó a Romain Rolland en plena gue- rra; éste se negó a visitarle contestando con vivacidad y tranquilizando así a los que le reprochaban injustamente ser germanófilo. En cambio, gracias a Ro- land, Strauss dio a conocer en Alema- nia a Dukas, Berlioz y Chabrier, com- positores franceses.

El libro tiene gran interés no sólo por la elevación espiritual de Romain Ro- land y el genio musical de Strauss, si- no porque contiene muchas fotografías, páginas musicales y el facsimil de la carta que contiene las correcciones pa- ra "Salomé".

Hemos de señalar también a los afi- cionados a la música, la reimpresión, en la editorial Gallimard, del "Georges Bizet" de Paul Landormy. Los que co- nocen la "Historia de la música" del cé- lebre musicólogo, se interesarán por leer este libro que nos cuenta la vida de Bizet y analiza sus obras sinfónicas, de canto, de piano, y muy especialmente "La Arlesiana" y "Carmen".

Landormy no siente indulgencia ha- cia el carácter del hombre, demasiado débil y pendiente del éxito, pero se in- clina ante el genio que ha escrito "Car- men" y "La Arlesiana". "Carmen" fué silbada el día de su estreno, pues su fa- ctura musical era realmente nueva. El filósofo Alain, a quien se debe el prólo- go del libro, comenta la novedad de sus armonías que no podrían modificarse sin falsear el sentimiento de la melo- día. "De esta manera, dice, el alma hu- mana se refleja al través de un simple comentario musical".

Nietzsche, desdénando a Wagner, a- lababa en Bizet "el retorno a la natura- leza, a la salud, a la alegría, a la ju- ventud y a la virtud".

No existe músico más popular que Bi- zet; habla una lengua que todos com- prenden y que los refinados no desde- fian dada la calidad de su sensibilidad. El libro de Paul Landormy nos expli- ca las razones de todo ello con claridad y objetividad.



y expresan, en cada circunstancia, pletórica el exacto movimiento de expresión y actitud y, dan toda expresión y emoción, con natura- lidad.

En la pintura de Borda están expresadas todas las emociones y los estados anímicos: el dolor, la AGONIA, la sonrisa, la carcajada, la seriedad, el horror, la reflexión, la abstracción, la lujuria. Todo es- pectador las ha observado y las tiene en las creaciones, aun de magna fantasía: cual en la man- sedumbre y la dulzura de Jesús, frente a la santidad de Lucifer y en la galería de retratos de ar- tistas, poetas, científicos y perso- najes políticos.

En esta fase del expresionismo pletórico de Borda parece que ha- sta las montañas viven su hora. Todas las horas de las estaciones de la Madre Tierra están repre- sentadas en su pintura. El alma de la tierra americana —y univer- sal—, cual demostración de su profundo panteísmo y culto a la Pachamama incaral, está expre- sada con elevada emoción de ar- tista. Ante los cuadros de Borda se vive la honda emoción y la sen- sibilidad del creador, del más puro y noble realismo. Hasta en sus concepciones más abstractas, que son muchas, cual en la simbolo- gía de la "Tragedia del Mundo desde 1914", en que —entre luces y sombras cósmicas— la mano del destino sostiene la balanza: en uno de cuyos platillos Europa ar- diendo se desangra inútilmente hacia el caos, elevando a la Amé- rica en la paz por el otro platillo. Es la revelación de un magno idealismo americanista.

## Breve Ensayo Crítico de la Obra de ARTURO BORDA

Por EMILIO MEDINACELI

La obra pletórica de Arturo Borda es la encarnación y objeti- ficación de los principios de la "Es- tética" de Hegel, del "Laoconte" de Lessing, de tanta influencia en Goethe, y de "La Filosofía del Arte" de Taine. En su exposición na causado un gran entusiasmo entre el público que, poseído de pasión y de embeleso ingenuos a- sistió al Salón Municipal.

La inteligencia sincera y altí- ma cuanto profundamente emoti- va de Jenaro Saavedra Pérez, ha pronuciado su Oración Estética ante la obra del Maestro admira- ble. Más admirable aun porque después de un cuarto de siglo re- tornó, cual Gran Hijo Pródigo del arte, a la pintura que abandonó en 1919, al término de la primera guerra mundial.

Haré previamente una pequeña lgresión biográfica sobre Borda, electísimo espíritu que convivió en la bohemia con las más altas mentes bolivianas: el poeta-filó- sofo José Eduardo Guerra, que ya por entonces dedicó catorce sone- os a la obra pictórica bordiana, os mismos que —por la confianza el pintor cantado y la envidia a- tiesa de quién los hizo desapare- cer— ya no existen; Claudio Pe- aranda, Jenaro Saavedra Pérez y Carlos Medinaceli en La Paz, Va- entin Meriles en Potosí, Jaime Mendoza y Joaquín Gantier en sucre, Man Césped y Adela Zamu- lio, esta última muy mayor en Cochabamba.

Borda, tiene muchísimos estu- dios en anatomía comparada. Po- see una amplia cultura humanis- a. Y domina el poema o la epo- peya, la novela, el cuento y la His- toria. Fue periodista, probó e in- sobornable, luchador por las gran- des causas sociales y humanas. Escenógrafo, actor y director tea- tral en el Conservatorio de Músí- ca y en la Academia de Bellas Ar- tes de La Paz; organizó cuadros dramáticos obreros de propaganda socialista, para recorridos por pro- vincias y por los departamentos de Bolivia. E hizo, también, los li- brets de las novelas de Antonio Díaz Villamil para el cine drama; "Wara-Wara" y "Hacia la Gloria", dirigiéndolos y siendo su primer personaje, maquillador y escenó- grafo, con personal meramente a- ficionado y de buena voluntad, es- poleándose a superarse, incesante- mente.

La obra pletórica de Borda es una gran muestra de belleza y de verdadero arte: en la proporción y la armonía, el detalle, el con- junto, la anatomía, la forma, el co-



"Autoretrato"

lor, la luz, las medias tintas y el claroscuro, la dimensión y la pers- pectiva, la fantasía y la creación. Es algo nunca visto por la calidad y aun por la magnitud.

Se revela, muy ampliamente, en el magistral dominio de la técni- ca pletórica, en toda expresión, fa- se y aspecto cuanto en el numén y espíritu creador de belleza, en la proporción y la armonía com- positiva y en la vastedad espiri- tual de su poesía y filosofía pan- teísta, en lo viviente, lo fenomé- nico y lo cósmico.

La anímica potencialidad crea- dora de Arturo Borda es asombro- sa como su inspiración concepi- va. Partiendo de una mera gota de a- gua, o inspirándose en una flore- cilla, en el aura leve, o en una briz- na de polvo se eleva o desciende a lo inconmensurable y lo recon- dito. Y, jamás, pierde el equilibrio maestro de la proporción que dá la armonía. en la lógica del arte y de la vida —y la muerte—. Con- serva, siempre, la plena claridad de la expresión y la composición aun en la vorágine de sus conce- pciones simultáneamente en su o- bra pletórica y en su obra litera- ria, como en "El Loco" o "El Demo- ledor de los Prejuicios". Cuanto al arte bordiano, que el pueblo de Bo- livia en La Paz, ha valuado, ob- jetiva y vivencialmente, en esta Primavera de 1951, se observa que aun el espectador más profano,

frente a las obras maestras, que son las de Borda, siente palpar un alma en cada ser y cosa repre- sentada.

El espectador queda suspendido, absorto y fascinado por la crea- ción y la poesía - pletórica, a su frente. El realismo-pintura poesía bordiana tan bella, honda y maes- tramente concebido y realizado delecta.

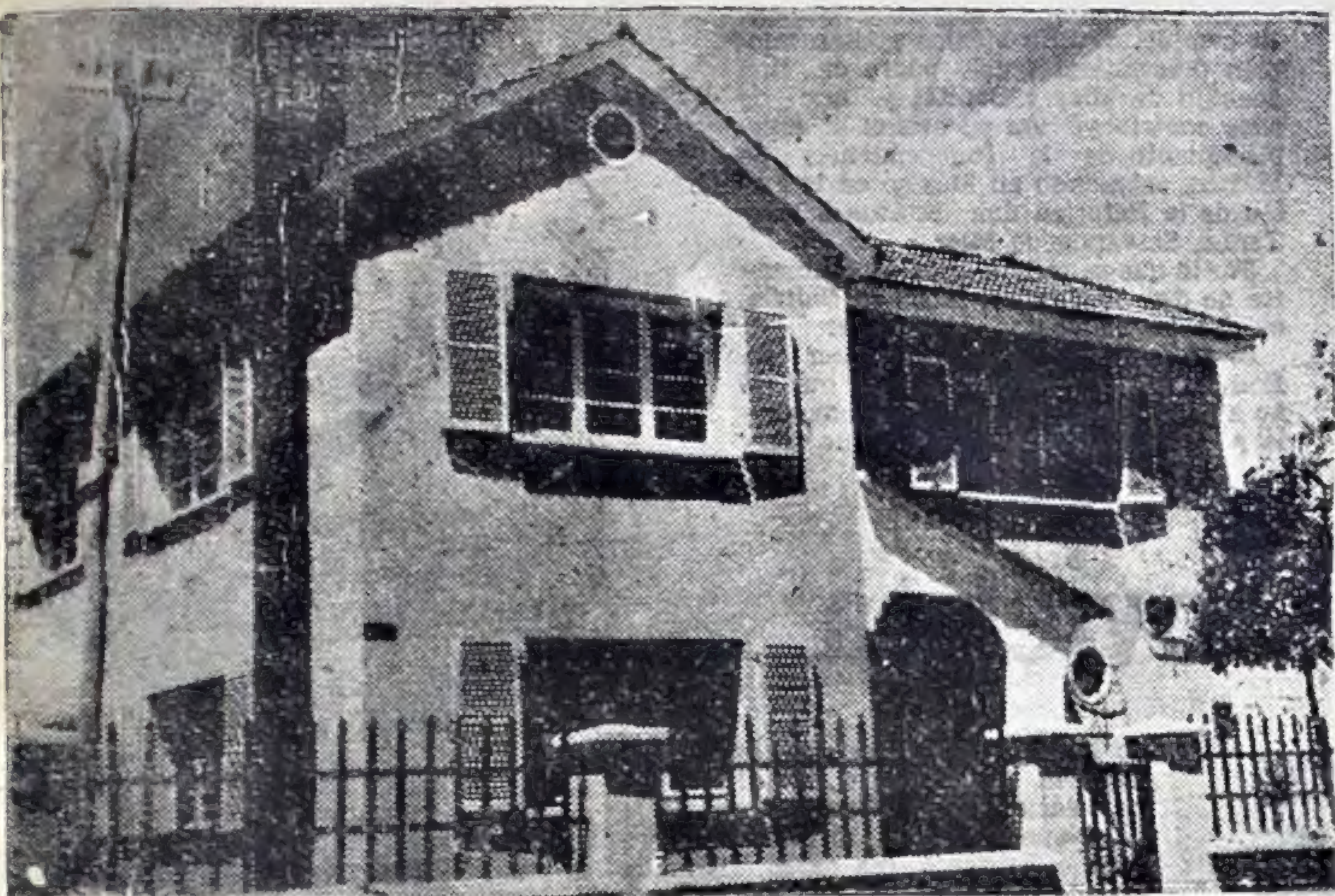
El fenómeno visual, óptico y ar- tístico de fingir el volumen sin lo- grar envolver el objeto, o el sujeto en atmósfera, en aire, realizando así la perspectiva aérea en el co- lor, ambientando hasta la más le- jana lontananza: todo, así, debe palpar y vivir. Este es el milagro del Arte de la pintura: en la crea- ción maravillosa y genial de Bor- da. Además, en tales cuadros todo está perfectamente bien diferen- ciado: la roca es roca, el tul es tul; la carne, carne en verdad y obje- tividad, el agua es agua: reafir- mando, en esteticidad y maravilla visual, el eterno y parmenideo "principio de la identidad" en el ser. Nadie duda de lo que vé, de lo que és. Se puede citar aun, cuadro por cuadro, empero éste no es el objeto de mi ensayo.

Borda, cual verdadero Maestro, verifica, objetiva e intrínsecamen- te, su dominio completo en varias técnicas y maneras de ejecutar con pincel, brocha o espátula, lo cual es sumamente difícil, no contán-

Dentro su norma de imparcialidad EL DIARIO deja a sus colaboradores la libre expresión de sus pensamientos y sentimientos. En el caso del viejo pintor paceño Arturo Borda la nota crítica la han tomado a su cargo dos intelectuales desde puntos opuestos. Durán Roger ha escrito sus verdades y ahora Emilio Medinaceli ensaya una presumible refutación de punto ditirámico. Nos interesa, aparte el artista, la confrontación de aprecia- ciones. Las columnas del Suplemento de Arte y Letras que los domingos ofrece EL DIA- RIO no tienen restricciones. Ninguna capilla las respalda como tampoco ninguna lista ne- gra la interfiere.



# ABEL ALARCON, MAESTRO Y CULTOR DE LAS LETRAS



MIRAFLORES: la nueva residencia del vate paceño.

(Sirven a esta nota datos aportados por el escritor y profesor universitario Dn. Carlos Gregorio Taborga).

ABEL ALARCON ha sido siempre tema emocional y de profunda ternura alrededor del cual se han escrito cuartillas en verso y prosa, ensalzando con justicia sus dotes y cualidades personales y su amplia labor literaria que en setenta años de existencia, ha enriquecido notoriamente las letras bolivianas.

En ocasión de un acontecimiento tan significativo cual es la recordación del septuagésimo aniversario de su nacimiento y que será celebrado el 10 de Octubre de 1951 con la participación de autoridades, instituciones de relieve en la vida nacional y de sus numerosos discípulos y amigos, EL DIARIO rinde en esta página caluroso homenaje al hombre que, tanto dentro como fuera de las fronteras patrias, supo cumplir labor destacada y honrosa para Bolivia, gracias a su inspirada pluma de virtuoso poeta, emotivo prosista al par de ameno argumentista de cuentos, novelas y estudios, pluma que ha escudado en brillantes hojas literarias verdaderas obras de arte tales, por ejemplo, "California la Bella", "Era una Vez..." y "Cuadros de Dos Mundos".

La señera figura de Alarcón, no sólo ha incursionado por los campos de la literatura. Tiene también destacada labor como catedrático de generaciones americanas y como traductor de obras clásicas y otras que por su importancia literaria y otras que por su importancia lingüística, han merecido ser convertidas al castellano con la precisión y exactitud que sólo don Abel pudo haberlo hecho. En el campo político, también figura sobresaliente en épocas que, por la calidad de los hombres de entonces, muy difícil resultaba la intervención pública. Bellos tiempos aquellos... Abel Alarcón militó en el Partido Liberal junto a Ismael Montes, José Carrasco, José Luis Telada Sorzano y tantas otras figuras que ya pertenecen a la historia, a esa parte de la historia que enaltece a Bolivia. Intervino en los más sensacionales acontecimientos políticos y en brillantes jornadas polémicas en las que los hombres de su línea ideológica debieron situarse frente a otros también de gran relieve como Bautista Saavedra, Daniel Salamanca, Hernando Siles.

Como periodista, Abel Alarcón sobresalió por su espíritu de lucha. Desde las columnas de EL DIARIO supo hacer vibrar al lector en polémicas valientes como crítico feroz. Interesando así mismo con sus comentarios literarios y artísticos. Junto a hombres de la talla de Alcides Argüedas, Juan Francisco Rodríguez, Fabián Vaca Chávez, Armando Chirveches, Roberto Zapata, Benigno Lara, integró el personal de redacción de este cotidiano, constituyendo una magnífica pléyade digna del decoro de la prensa nacional. En esas épocas, todos amigos compartían momentos de bohemia y organizaban tertulias de estudio dirigidas por ese otro gran poeta boliviano que se llamó don Rosendo Villalobos.

La vida de Alarcón, en los diversos ámbitos de actividad, se inicia con los primeros pasos en 1908 cuando recibe el título de doctor en leyes como justa premio a una juventud de estudio y de trabajo. Produce entonces su primera obra literaria que consiste en un libro de poesías titulado "Poesías y Cuentos". Y así, en la primera década promisorio de los 70 que hoy cumple, había producido un conjunto de obras de diversa temática, tales "Insomnio", "Te mi Tierra y de mi Alma", "Sin Madre" y "El Inmortal del Sol".

Pasando a otra etapa de su vida literaria, debemos referirnos muy especialmente a 1910 cuando Alarcón surge ya como un exponente en la literatura boliviana. Las letras universales pasan por un período de verdadera transición, y nuestro escritor cumple su misión interpretando esa evolución, espiritual con clara inspiración. De ahí que entre otras obras, nacen de su brillante imaginación y talento los siguientes títulos: "Leyenda de una Carta", "La Corte de Yahuar Huacac", "La Literatura Boliviana" y "Relicario".

Como se ve durante este intermedio de su existencia se dedica principalmente a la historia, novelándola al estilo de la época con tan grato sabor que merece la reproducción de sus obras y el comentario meritorio de prestigiosos críticos. Además de las obras citadas, Alarcón traduce en 1916 la obra lírica "Ghazal" del notable Rabindranath Tagore, del inglés al castellano.

En 1920, al acentuarse las pasiones políticas, Alarcón debió abandonar la patria. Y esta circunstancia le permitió iniciar otra de las grandes actividades de su vida, que le trajo la satisfacción del reconocimiento de las juventudes que tuvo bajo su sabia enseñanza. Llega a tierras chilenas para ocupar cátedras en colegios e institutos de prestigio, para luego ser especialmente invitado a dictar el Curso de Historia de la Literatura Española en la University of the Pacific en California. Sus enseñanzas condujeron a él prestigio, lo

grado en esta casa de estudios de renombre mundial, le proporcionan la última oportunidad de viajar a Europa para recorrerla cual sediento en busca de agua, por sus más conocidas fuentes de riqueza intelectual y artística. Llega a la legendaria España tan nuestra como de los mismos españoles y, leal y reconocido -otra cualidad del Maestro-, edita su obra "California la Bella", considerada una de las mejores y más ricas en estilo, del ya grande escritor boliviano.

Cruza nervioso una y otra vez la grandeza del océano, y entre honores y éxitos de toda naturaleza vuelve al viejo mundo para permanecer larga temporada. Logra entonces (1929), otro de sus grandes éxitos con el libro que se llama "Era una Vez...", bella historia novelada, desarrollada en la legendaria Villa Imperial de Potosí.

Recibe honores y merece toda clase de elogios y satisfacciones durante su permanencia en Europa, siguiendo a la vez la trayectoria que se había propuesto cumplir en el campo intelectual, como escritor, conferencista e investigador de las viejas maravillas que sólo aquel continente puede ofrecer a la vista de las gentes del mundo entero. Visita España, Alemania, Austria, Hungría y otros países europeos, los que sumados a Argentina, Perú, Estados Unidos de Norte América, aumentan la cultura y el profundo conocimiento intelectual del que hoy es noble, hidalgo y señor de las letras bolivianas.

Pasados quince años vuelve al solar patrio. Trae consigo los originales de "Era una Vez..." y "Cuentos del Viejo

Alto Perú". Logra con ellas alcanzar la cúspide de su obra literaria. Merece elogiosos comentarios de calificados críticos y entra a ocupar lugar preminente en el círculo de los mejores y más brillantes hombres de la literatura americana.

Recibe el homenaje de su gente cuando la extraña ya le había rendido su caluroso y merecido tributo. Los altos poderes del Estado, dignísimas entidades nacionales y escritores del país le tributaron su rendido reconocimiento y admiración por tan grande labor cumplida más allá de las fronteras. Abel Alarcón debió intervenir en actos académicos y sociales en su honor, siendo justo transcribir en esta ocasión algunas de sus más emotivas palabras de agradecimiento pronunciadas en una de tales oportunidades: Dijo: "...Por amor al mío (al pabellón nacional), a donde quiera que fui jamás ejecuté un acto en desmedro de mi patria y me sacrificué por llevar dignamente mi nombre de boliviano; por veneración a esta medalla (condecoración otorgada en mérito a su labor) que colocada sobre mi corazón hace más fácil su latir y en cada latido ella siente mi pasión por Bolivia y mi hondísima ternura por la ciudad en la que por vez primera miré el cielo; por veneración a esta insignia mi único deseo es consagrar mi atardecer a la juventud; arca dorada que encierra los secretos del porvenir, en nombre de la cual compuse este soneto:

## LA PAZ

Moza gallarda de la azul mantilla  
Que al illimani llevas por diadema,  
Y por brocamantón que maravilla  
La Cruz del Sur que adiamantina trema

Reclinada del valle hacia la orilla,  
De vívidos colores eres poema;  
Por el alcor trepando, que al sol brilla,  
De ideal y de vigor eres emblema.

¡Oh moza de los Andes! No hay paisaje  
Como el de tu abanico de montañas,  
El cual se abre en inmenso varillaje.

Que siempre de cambiantes se halla ornado,  
Porque sólo al mirar en luz lo bañas,  
Y en tu ventalle el iris se ha quebrado.

La última obra de Abel Alarcón se titula "Cuadros de Dos Mundos" donde el vate relata sus impresiones europeas. Describe con habilidad propia de su pluma las bellezas que en diversos países pasaron por su vista. Legendarios monumentos históricos, castillos, museos de maravilla están vivientes en las páginas de este ameno libro que transporta el espíritu a tierras lejanas y lo hace experimentar culturas pasadas.

Don Abel Alarcón tiene en prensa su última producción que la titula "La Perla de Steria". Esperémosla con avidez seguros de que será una nueva piedra preciosa para la riquísima corona

que el vate boliviano ha ido forjando en su larga trayectoria literaria. La Alcaldía Municipal de La Paz la pondrá al día 10 un homenaje más a don Abel Alarcón y será el cumplir sus 70 años cuando de manos de don Eduardo Sáenz García reciba el ejemplar de la Comuna paceña consistente en una casa situada en el tranquilo barrio de Miraflores donde nuestro gran poeta así lo quiere. Días después recibirán de bellas cuartillas rindiendo culto a las musas del Parnaso unas veces, transcribiendo sus memorias otras y todas rindiendo con emoción su amor a Bolivia, en horas dramáticas que pensará él con su habitual sencillez y sencillez bondadosa son anécdotas de triunfal progreso y de camaradería entre sus hijos de sangre india y noble.

## ENVÍO

Maestro:  
En esta hora, a tus 70 años, reverentes te proclamamos orgullo nacional por tu obra literaria, por tu vida ejemplar y por tu acrisolado amor a Bolivia.

## AL ILUSTRE MENTOR DE LA JUVENTUD,

### PENSADOR Y BARDO NACIONAL

#### FERVOROSAMENTE

Parnasiano señor, vate inspirado,  
Tu cima aquí se eleva majestuosa  
Junto al mistral que los albores roza,  
Donde el nuevo Helicón te ha consagrado.

Tu espíritu de azul está impregnado  
Y de la tierra fresca y generosa;  
Aquí tus manos siempre dan la rosa  
Y tus labios el verso adiamantado.

No ha de llegar mi guzla hasta tu linde;  
Que hay la distancia del confin lejano;  
Siempre en la vida existe algún arcano.

Piedad para mi lira que se rinde,  
Imitando a Balart, poeta de ayer;  
¡Porque en mis rimas canto sin saber!

Lola Taborga de Requena.

## El Poeta Don Abel Alarcón

Hijo de esta Ciudad, eres, poeta,  
Tesoro en su cantar tu sintonía;  
Alma de amor, romántica y discreta,  
Forjada en la ilusión de tu Poesía.

Es tu verso cadencia siempre amena,  
Que emana de tu ser por la belleza  
De una flauta interior, toda serena,  
En la lira sutil de tu tristeza...

Tu corazón es cofre de bondades,  
Copia el ensueño de vivir soñando  
En un rítmico afán de claridades...

Y dentro la Ciudad, que es toda tuya,  
Escuchamos tu voz, que está cantando  
¡Mil himnos de esperanza y de aleluya!...

María Teresa Solari Ormachea



## La Mujer Paceña

Fué imposible luchar con tu ternura  
Más fuerte que la fuerza y la falsía:  
¿Qué no hará una mujer en desventura  
Deshecha su esperanza y su alegría?

No por la suerte inescrutable y dura,  
Sino por la crueldad o alevosía  
De los que nunca sienten la dulzura  
Del religioso amor: alta poesía.

Qué hacer: sufriste hasta que advino  
La hora de inspiración y tus pupilas  
Tuvieron la visión de Constantino.

Con la cruz; del valor al embeleso,  
Nos diste gloria en tu arramplar de filas:  
¡Mi dama de La Paz, los pies te beso!

## Del Valle

Ah! cuánto tiempo, cuánto me separa  
Del rústico país en que he vivido;  
Aún parece que en mi se despertara  
Algo como un recuerdo adormecido.

Ante mi vista se presenta clara  
La visión de ese valle florecido,  
Que me fuera mejor que lo olvidara,

Si un modo de morir es el olvidado.  
Pero no, pero no, de nuevo escucho  
Las notas del doliente caramillo:  
La música de un río que vi mucho.

Y el sonar de la esquila de las greyes,  
Que triscan entre campos de tomillo  
Mientras meditan los cansados bueyes.

Abel Alarcón



Casó con la señora Carmen Revilla y dejó varios hijos.- Carlos Mier y León segundo hijo de don José Mier y León se educó en Inglaterra e hizo carrera bancaria. Interviniendo igualmente en actividades comerciales de La Paz, falleció el año 1932 sobreviniéndole su viuda doña Berta Virreira y dos hijos. Se supo distinguir por su honorabilidad y rectitud.- El tercer hijo don Manuel Mier, casó con una señora Jiménez oriunda de Cochabamba y tuvo tres hijos, uno varón y dos mujeres. Se dedicó a la carrera bancaria y a la industria minera con gran éxito económico.-